

*Palafox revisitado*

Guy Rozat

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Chinchilla Pawling, Perla. *Palafox y América*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia/Comisión Puebla V Centenario, 1992 (El Pasado del Presente), 89 pp.

El libro que aquí reseñamos es la publicación reciente de un texto escrito hace ya varios años, por lo cual la autora pone en guardia al lector frente a tal situación.

Es evidente que la tesis de una joven estudiante publicada años después de su elaboración, provoca en su autora sentimientos ambiguos. Entendemos perfectamente esta sensación y estos sentimientos ambiguos, no solamente porque la escritura fijó en el papel para siempre un momento efímero de un pensamiento en construcción, sino también porque además la manera de escribir la historia, así como la manera de abordar la investigación histórica ha tenido en los últimos años transformaciones profundas.

De aquí proviene el interés de este libro, porque a pesar de haber sido escrito hace tiempo, su texto sigue dándonos materia para pensar, y en esto es perfectamente actual y merece su publicación. Es evidente que ciertos espíritus críticos encontrarán en él materia para su ejercicio favorito: en todo estudio, aun el más exhaustivo, siempre falta "algo". Pero no estamos aquí para presentar otro libro, ni analizar el lugar y la dinámica del surgimiento ambiguo de esta ausencia, sino para hablar de éste que ya se publicó y que ustedes podrán encontrar en la librería de su preferencia.

Este libro trata de un personaje importante y representativo de la historia colonial de la Nueva España, personaje controvertido cuyo recuerdo para la memoria colectiva nacional es el de haber sido obispo de Puebla, arzobispo y virrey, haberse peleado con los jesuitas y haber escrito unos "elogios" del indio.

Solamente por haber ido a contracorriente en una época en la cual la atención del gremio histórico ponía sus ojos y sus fantasmas en "auténticos sujetos históricos" como *clase obrera* o *campesino revolucionario*, esta tesis sería interesante. Y además por haber repasado la obra completa de este insigne varón —por lo menos todo lo publicado—, puede considerarse a la tarea de la autora en esos entonces, como aun hoy, una auténtica hazaña.

Y lo es a tal punto que este tipo de estudios no han tenido imitadores desde esa época y las investigaciones acerca de la épo-

ca colonial novohispana siguen siendo todavía minoritarias en la producción historiográfica nacional.

En su introducción nuestra autora nos propone cómo se debe de practicar, hoy, la función del historiador. Y así, este libro, lejos de ser sólo como dice ella: "una muestra sobre la historiografía de la historia de las ideas que se hacía en México en los setenta", con el nuevo enfoque que nos propone nos permite trascender una escritura antigua para componer una nueva obra.

En ésta la autora se propone explicarnos el pensamiento de don Juan de Palafox y particularmente su relación con América. Éste, aunque hijo ilegítimo de un aristócrata español, recibió una educación excelsa primero en un colegio de jesuitas en Aragón, y después en las universidades de Huesca y de Salamanca, donde adquirió una sólida formación de jurista y canonista. A pesar de su nacimiento fuera del matrimonio, gozó de los privilegios de la casta de su padre.

Rápidamente Palafox hizo carrera en la corte, dominada por la sombra todopoderosa del conde duque de Olivares, al cual debe parte de su fortuna política y también muchos de sus enemigos. Muy joven, obtuvo puestos de confianza en el círculo cercano a las personas reales: fue fiscal del Consejo de Indias y después consejero; luego, capellán y limosnero de la infanta María. El joven Palafox hubiera podido quedarse probablemente en la corte como esos clérigos mundanos típicos de la época, quienes pasaban su tiempo en chismorreos políticos cuidando sólo su carrera y sus beneficios.

Pero el joven Palafox no era de éstos. Él, como su protector y los españoles más lúcidos de esa primera generación del siglo XVII, contemporáneos de Richelieu, Cromwell, Wallenstein, estaban conscientes de que España necesitaba un esfuerzo de reforma considerable para luchar contra la irremediable decadencia del reino. Todavía tenían fe en la misión española, en su destino como pueblo elegido de Dios —el que llevó la fe católica a millones de hombres a tierras entonces desconocidas. Mostraban confianza en que si Dios permitió las dificultades presentes era a causa de los pecados de sus ingratos hijos, pero que a pesar de la difícil situación por la que atravesaba la monarquía, Dios no los había abandonado, y que con una profunda reforma moral y cívica España recuperaría la supremacía mundial que había disfrutado en la época de Carlos I.

Las soluciones que preconizó en España la administración del conde duque de Olivares son las mismas que desde Puebla y la ciudad de México intentó formular el nuevo obispo y visitador general de la Nueva España.

Lo que se necesitaba en las dos Españas, la peninsular y la nueva, era crear un nuevo orden político, una sociedad más "justa", más ordenada, para hacerlas entrar en esta modernidad que se empezaba a esbozar en la Europa atlántica, Francia, Holanda, Inglaterra. En el ámbito de la moral pública se requería combatir la corrupción de las burocracias, el lujo exorbitante y la impunidad de los poderosos, la excesiva riqueza y poder de las órdenes religiosas y la inmoralidad del pueblo. En el campo más estrechamente político el objetivo era debilitar el poder de decisión de los cuerpos colegiados y las autonomías de las instituciones heredadas de las estructuras medievales, a fin de lograr fortalecer un gobierno unificado y centralizado, cuyas decisiones se acatarían efectivamente en todo el imperio.

No podemos entender el afán reformador y la voluntad imperiosa con la cual actuó el obispo de Puebla, sin tomar en cuenta este diagnóstico global y dramático que proponían los más lúcidos de esta generación.

Esta toma de conciencia de una necesaria e ineluctable renovación política llevó a don Juan de Palafox a estudiar la historia y revisar las diferentes formas políticas que pueblos antiguos y modernos habían establecido para gobernarse. Revisó la historia romana así como la historia antigua del pueblo hebreo, y también buscó enseñanzas en la historia de China o de los mongoles. Su conclusión es formal: el Estado monárquico (puesto en entredicho en Holanda o en Inglaterra) es mejor para los pueblos porque permite que perduren instituciones estables, eficaces y justas.

Sería interesante comparar estas reflexiones históricas del obispo de Puebla con otras nuevas fundamentaciones del poder real que se construyeron en otros países europeos en la misma época.

Juan de Palafox busca legitimar el poder absoluto del rey y la desaparición de todas las autonomías políticas y sociales. En el orden religioso es partidario acérrimo de las reformas tridentinas, sobre todo en lo que respecta a la reforma del clero y a la educación moral de los fieles. Confrontado con la compleja realidad novohispana, se interesa rápidamente en la suerte de los que son el sostén y la base de la sociedad colonial: las poblaciones indígenas. Reivindica al indio frente a la actitud discriminatoria de los criollos y los prejuicios peninsulares, porque se da cuenta de que el crecimiento de la riqueza colonial y, por lo tanto, del imperio español, pasa obligatoriamente por un mejoramiento de la suerte de las poblaciones indígenas y por el fin de la torpe explotación que hacen de ellas unos amos egoístas, brutales e ineficaces.

Sabemos cómo se organiza rápidamente la resistencia a esta impetuosa voluntad de reforma y cómo Palafox será, con la caída de su protector en España, obligado a dimitir y a regresar a España.

Y aquí emitiremos una duda acerca de un juicio de la autora. Ella afirma que Palafox, funcionario español ante todo, no entiende la realidad americana, por lo que su política está destinada al fracaso. Discrepo un poco de esta idea, diciendo que para mí, al contrario, Palafox entiende bastante bien esta realidad política y social novohispana; pero su voluntad política de reforma se enfrenta a los privilegiados del orden existente y es vencido. Como la voluntad de unificación nacional peninsular y de reforma política de Olivares fracasa frente a la autonomía catalana, a las pretensiones vascas o al deseo de independencia de los portugueses, y más generalmente a una resistencia global del antiguo orden feudal, al cual el reino de los Reyes Católicos, contrariamente a lo que se cree muchas veces, había dado un nuevo aire.

¿Debemos considerar este fracaso de Palafox como una victoria del espíritu criollo en formación? O más bien y al contrario, ¿considerarlo como una oportunidad perdida para la Nueva España de prepararse para la modernidad política y social que le será impuesta desde el exterior y de manera mucho más violenta en los siglos siguientes?

Un libro reciente de Gregorio Bartolomé analiza la fama póstuma de don Juan de Palafox y muestra que la violencia y la saña con la cual se persiguió o defendió su memoria durante más de un siglo, así como los deseos de la monarquía de lograr su canonización muestran el síntoma de que detrás de la voluntad irreductible del obispo y su "fracaso" había algo más que oposiciones coyunturales o errores de políticas personales.

Terminaré diciendo que faltan muchas cosas por descubrir sobre este personaje y su época, la cual es el momento clave de cristalización del orden colonial, y creo que uno de los grandes méritos de este libro es el de ofrecernos nuevas pistas de investigación que, esperamos, retomarán nuevas generaciones de historiadores de la época colonial. ■